

Januario Espinosa

AL MARGEN DEL MISTERIO

HACE unos nueve años, empezaron a llamar la atención de Europa las experiencias de un distinguido ingeniero polaco, Stephan Ossowiecki, quien podía leer a través de los cuerpos opacos. No se trataba de espectáculos teatrales, en los que suele haber mucho de charlatanería, sino de comprobaciones en presencia de sabios. Las tres primeras experiencias, bastante notables, se efectuaron en Varsovia. En una, presenciada por el profesor Richet y el Doctor Geley, la Condesa de Noailles escribió un mensaje, desconocido para aquéllos, y lo encerró en un sobre opaco. Ossowiecki lo leyó en algunos instantes. En la segunda experiencia, enunció en pocos minutos un texto ignorado del Dr. Geley y que había sido encerrado en un tubo de plomo sellado. Y la tercera, la más sensacional de todas, fué en presencia del jefe del Estado polaco, mariscal Pilsudski.

Tres años después, el 12 de Junio de 1923, en el Instituto Metapsíquico de París, reprodujo, en presencia del novelista Marcel Prévost, del P. Vallais y de los

doctores Osty, Geley y Stephan Chauvet, con toda fidelidad, un dibujo difícil que éste último había medido en un sobre opaco, fuera de su presencia. Otras dos experiencias fueron hechas con un control aún más minucioso, y con el mismo éxito.

Es de notar—escribía el Dr. Chauvet (*Mercur de France* 1.º de Octubre de 1923)—, es de notar que en el curso de esas experiencias, M. Ossowiecki ni siquiera miraba el sobre que se le entregaba. En general, lo cogía y llevaba las manos a su reverso. Desde ese momento, se le veía palpar el sobre sin cesar, mientras miraba hacia el vacío y su rostro revelaba un potente trabajo, una concentración psíquica. Al cabo de un corto tiempo, exclamaba: «Veo: sí, veo», y en seguida leía la frase o reproducía el dibujo. Como yo le preguntara, al fin de esas experiencias que habían asombrado a todos, lo que sentía desde el momento en que recibía el sobre hasta aquel en que anunciaba su contenido, me respondió más o menos esto: «Lo que ocurre en mí es bastante indefinible; a decir verdad, no puedo darme cuenta exactamente de ello. Sin embargo, no creo ser guiado por una especie de hiperestesia, como ha llegado a creer el profesor señor Richet, y que él supone de carácter táctil, hiperestesia que explicaría para él mi clarividencia... He aquí lo que puedo decir: comienzo por detener la actividad de mi razonamiento consciente y, con todas mis fuerzas internas, sostenido por mi fe, exalto lo que yo llamo mi «visión ideal». Bien pronto, me encuentro en un estado especial, en el cual veo y oigo todo, fuera de toda noción de tiempo y de espacio. Poco después, una verdadera lucidez se apodera de mí; mi alma ve escenas, lo más a menudo pasadas; veo al hombre que ha escrito la carta, en el momento de redactarla, y así, siguiendo sus gestos sucesivos, me impongo de lo que ha escrito o dibujado. En otras experiencias, veo el objeto perdido, a condición de haber palpado alguna cosa que haya estado en contacto con ese objeto, así como todos los detalles de lo ocurrido; o bien, en otros casos, percibo la historia de un objeto cualquiera que tenga entre manos. Al principio, la visión es nebulosa y necesito grandes esfuerzos, una gran tensión de espíritu, para percibir y precisar condiciones y detalles de escenas. El estado de lucidez sobreviene muchas veces en pocos instantes: otras veces hay que esperar varias horas. Esto puede depender de mi estado de fatiga y sobre todo del ambiente: la incredulidad de los asistentes ejerce sobre mí una especie de inhibición; la atención demasiado concentrada sobre mi persona, durante el trabajo, tiene el mismo resultado y paraliza el pronto éxito de la lectura. Por el contrario, si los asistentes se hallan en un estado de espíritu inclinado a la simpatía y durante mi concentración no observan demasiado mis ojos, mi clarividencia resulta favorecida. He aquí lo que he podido analizar. Me equivoco algunas veces en mis experiencias. Me hallo lejos de la perfección, pero espero llegar a ella.

Como se ve por lo que precede—continúa el Dr. Chauvet—, M. Stephan Ossowiecki no logra dilucidar, con una precisión absoluta, el encadenamiento patogénico de las operaciones psíquicas que se desarrollan en su cerebro. Eso no sorprenderá, por lo demás, a los que se hallan iniciados en los arcanos del consciente y del inconsciente, y que conocen los principios de la psicoanálisis de Freud; sea como quiera, me parece que, permaneciendo enteramente consciente y en contacto con lo que le rodea, M. Ossowiecki abandona su psiquismo consciente para no utilizar sino las percepciones de su subconsciente. ¿Cuál es la forma de los «resabios excitadores», si puedo expresarme así, que

adhieren, de algún modo a los objetos, y que, recogidos por un «detector sensorial desconocido», hacen llegar a su subconsciente ondas que este último interpreta? Misterio. Por otra parte, ¿a qué puede responder la expresión «visión ideal» que él emplea, por lo demás con cierta inseguridad, como si no tradujera exactamente lo que siente en esos instantes?.

Luego, procurando dar una explicación científica de los curiosos experimentos de Ossowiecki, el Dr. Chauvet escribe:

Se comprende, cuando se reflexiona sobre las inmensas dificultades en que nos encontramos para analizar la génesis de nuestros procesos psíquicos conscientes corrientes, que M. Ossowiecki se encuentre, *a fortiori*, en la casi imposibilidad de «deslabyrinthar» un fenómeno excepcional y supranormal; tanto más cuando se trata, para el consciente, de reconstituir una serie de operaciones infinitamente complejas, que se desarrollan casi enteramente en el campo del subconsciente. De una manera general, por lo demás, esas dificultades son siempre las mismas que encontramos cada vez que deseamos estudiar el proceso de nuestro subconsciente. ¿Se cree, por ejemplo, que un sabio pudiese llegar a analizar y a describir la génesis de una gran invención o de un gran descubrimiento personal?

...¿De qué manera Newton, al ver caer una manzana, fué impulsado súbitamente a entrever el problema de la gravitación? En mi opinión, cuando Newton hizo su descubrimiento se encontraba en un estado especial que trataré de definir. Cuando vió caer la manzana, estaba, sin duda, «consciente» y «presente». Inmediatamente después, «entró en ausencia». Veía aún el manzano y todo lo que le rodeaba, pero no *miraba* nada; oía los ruidos circundantes, pero no los escuchaba; se encontraba aún en estado de conciencia, pues permanecía en contacto con el ambiente, pero él percibía eso, en cierto modo, pasiva y nebulosamente. Se hallaba, por decirlo así, en el umbral de la conciencia, y, en realidad, estaba «en otra parte» como se dice comúnmente: se hallaba transportado por una corriente de ideas subconscientes provocadas por la visión, inmediatamente olvidada, de la caída de la manzana. En tal situación, con los ojos en el vacío, mirando sin ver, el subconsciente podía exaltarse en él y tener libre impulso. Todo el mundo conoce, más o menos, ese estado, pero es fugaz e infecundo. En los sabios es frecuente, prolongado y de una gran fecundidad. Es de notar, por lo demás, que precisamente porque ellos se hallan frecuentemente en ese estado es porque se dice que los sabios son distraídos. Curie pasaba por este trance cuando fué atropellado y muerto en la vía pública.

...Meditando sobre estos hechos, tales como yo los concibo, por una parte, e interrogando a M. Ossowiecki, por otra, he logrado precisar aproximadamente ciertos puntos de la clarividencia. Desde el principio de una experiencia, M. Ossowiecki se encuentra ciertamente en el estado especial que he descrito a propósito de Newton. Pone la «sordina» a su conciencia, y abre ampliamente a su subconsciente «la puerta del Toril». Este último, desde entonces, sin trabas, y en el máximo de su potencia, es impresionado, no se sabe cómo, y se entrega a operaciones misteriosas, después de las cuales revela al consciente el objeto de la experiencia: en ese momento, M. Ossowiecki ve «idealmente», como él dice al experimentador en la operación de escribir el texto ya dicho. Pero él insiste sobre el hecho de que no se trata de un acto visual propiamente hablando: *él no ve con sus ojos*.

De paso, vale hacer notar que este hecho, unido a otros hechos curiosos

observados por los oculistas (por ejemplo: visión sin diplopía en el estrabismo congénital, etc.) y ciertos casos, bastante complejos, de cecidad verbal... y de afasia disociada, me parecen abogar en favor de la existencia de un centro visual cerebral fuera del *cuneus*, es decir del centro cerebral clásico del aparato óptico. Y lo que, siempre en mi opinión, viene a confirmar esta manera de ver, es lo que ocurre en el curso de la intoxicación con el peyolt. Como esta intoxicación es casi desconocida, y como ella parece probar la existencia del sitio visual arriba señalado, abriré un paréntesis para explicarla en algunas líneas.

El peyolt, cuyo nombre indígena significa «la planta que hace ver maravillas», es una pequeña planta carnosa, cuyas propiedades la han hecho consagrar al culto del sol. Crece en las montañas de México. Cada año, en la misma época, precedidos de sus sacerdotes, y salmodiando incantaciones favorables, las poblaciones indígenas suben a practicar su recolección. A su regreso se desarrollan, según ritos seculares, fiestas religiosas en honor del Sol, gran señor de la vida, que dispensa la luz y el calor, evapora el agua de los ríos y del mar, y engendra así las lluvias, cuya alternativa con el calor hace subir la savia, crecer las plantas y madurar granos y frutos. Pues bien, durante esas fiestas los indígenas, tendidos en el suelo, mascan el peyolt. Algunos instantes después de la ingestión, son cogidos por una perturbación singular; no experimentan ninguna embriaguez ni ninguna agitación psicomotriz, ni ninguna perturbación de ideas, ni ningún desorden sensorial, a tal punto que si mantienen los ojos abiertos no experimentan ningún fenómeno visual anormal. Pero si cierran los ojos, asisten al desarrollo incesante de una serie de cuadros que no tienen ningún carácter delirante, que los sumergen en el éxtasis, debido a la suntuosidad de sus coloridos. De esos colores, unos son absolutamente «nunca vistos», y los otros, de un tono conocido, pero de una magnificencia desconocida e indescriptible. Al abrir los ojos, el miraje desaparece, pero recomienza con la oclusión palpebral y eso durante varias horas. Fuí convocado hace algunos meses, para asistir a una experiencia realizada con varias personas muy inteligentes, cultas y sensatas, por un químico muy distinguido, M. Reuhier, que había logrado aislar los alcaloides y los principios activos del peyolt. Deseaba él que yo recogiese el relato de las sensaciones experimentadas por él mismo y sus parientes, y que los examinase a todos, como médico, antes, durante y después de esta intoxicación especial. Fué así como pude comprobar que el peyolt no determina ninguna perturbación visceral, y que fuera de la *muy curiosa alucinación* visual, no había ningún delirio en las ideas. Uno o dos ejemplos de las sensaciones sufridas por los experimentadores pueden solamente dar una idea de la característica esencial de esta intoxicación, la apariencia prestigiosa que confiere a las cosas más triviales. Una de esas personas, artista pintor de gran talento y que ha viajado y visto mucho, estuvo sumergido en una verdadera embriaguez durante media hora, porque veía desenrollarse un tapiz de un rojo desconocido y tan espléndido que dijo no poder pintarlo, ni describirlo, ni aún compararlo a ninguna cosa: ¡ni las gemas más preciosas podían dar una pálida idea! Como yo le hablase del tono rojo, radioso e intraducible, del árbol tropical llamado el resplandeciente, me respondió que ninguna comparación era posible. El hecho fué que largo tiempo después de la experiencia, todos los que en ella tomaron parte hablaban con un entusiasmo indescriptible de los colores desconocidos que habían descubierto, y guardaban de ellos un recuerdo imperecedero. Tanto y tan bien, que ese mismo químico me refirió, algunas semanas más tarde, que una joven muy elegante, que no pensaba sino en ataviarse con telas suntuosas y joyas raras, lo había abandonado todo después de una experiencia a que la sometió, pues todo le parecía desleído, sin belleza y sin interés, al lado de las maravillas visuales de las mil y una noches, en cuya contemplación estuvo extasiada.

El interés de esta intoxicación reside especialmente en el hecho de que ella parece demostrar la existencia de un centro visual cerebral, fuera de las vías ópticas, y de la parte posterior del encéfalo (*cuneus*) que ha sido clásicamente considerada como la zona de localización de la visión. Es evidente, en efecto, que la excitación tóxica del centro ligado a las vías ópticas no podría engendrar sino alucinaciones adornadas, exclusivamente, por los colores que han sido vistos por el individuo (o tal vez por sus ascendientes, y transmitidos en virtud de las leyes misteriosas de la herencia). Esta última posibilidad podría explicar ciertos casos de ilusión de lo ya visto. Es por que, para recapitular, la intoxicación por el peyolt, ciertas perturbaciones mórbidas del sistema visual, ciertas formas de afasia, y en fin, los hechos descritos a propósito de los inventores y de M. Stephan Ossowiecki, me inducen a creer en la existencia de un centro visual especial, además de las vías ópticas actualmente conocidas: es ese centro el que, solicitado por impresiones de naturaleza desconocida, recogidas y transmitidas por vías aferentes, también misteriosas, determinaría lo que M. Ossowiecki llama «su visión ideal».

Después de otras consideraciones, el doctor Chauvet continúa:

Los metapsiquistas admiten que, de todos los clarividentes, que son tan raros, M. Ossowiecki es el más potente. Es menester, sin embargo, señalar que existe en España otro clarividente, el marqués de Santacara. Los diarios han referido que se ha verificado con él una sesión muy interesante, en presencia del Rey y de la Reina de España. En el curso de otra experiencia, realizada en presencia de la Reina madre, de los doctores Cirera y Urgati y de dos padres jesuitas, habría podido indicar la posición exacta de las agujas de un reloj, oculto tras una placa de fierro y de otra de plomo.

Por lo demás, es evidente que la clarividencia ha existido en todos los tiempos y en todos los países. Al azar de las lecturas, en autores antiguos, he podido encontrar algunas manifestaciones innegables, aunque no hayan sido referidas como tales. Lo cierto es que no se las consideró debidas a una facultad humana extraordinaria. Algunos sacerdotes paganos, muy avisados, vieron tal vez más claro que sus contemporáneos y, en todo caso, comprendieron perfectamente todo el provecho que podían sacar de ello para la causa que servían, como lo demuestran los ejemplos siguientes. Plutarco refiere, en efecto, que había en Cilicia un gobernador que no podía creer en los dioses, porque estaba rodeado de epicúreos que «habían sembrado sombras en su espíritu». Resolvió, pues, para saber a qué atenerse, redactar un billete, en gran secreto, y enviarlo, bien sellado, al oráculo de Mopsus, que se encontraba en Malle, una de las ciudades de la provincia que él administraba. Según la regla, el portador del billete debió dormirse en el templo. Pues bien, durante su sueño, oyó que un hombre le decía: «Negro.» Al día siguiente, el portador volvió donde el gobernador, y, en presencia de toda la corte, le refirió lo que le había ocurrido. Los epicúreos presentes soltaron la risa, de tal modo la respuesta les parecía ridícula: el gobernador, al contrario, quedó estupefacto y declaró que en vista de ese milagro él sería toda su vida muy devoto del dios Mopsus. En seguida, abrió el billete, que había confiado al mensajero y que éste le traía, aún sellado, y mostró lo que había escrito: «¡Mopsus! ¿te inmolaré un buey blanco o uno negro?» Es evidente que en el templo de Mopsus, en donde no se pronunciaba oráculos sino sobre billetes sellados, habría un sacerdote dotado de clarividencia, y que era él quien vendría a murmurar el oráculo al oído de los peregrinos, cuidadosamente dormidos por bebidas o vapores estupefacientes.

He aquí otro hecho referido por Macrobio. Cuando Trajano se decidió a atacar a los partos, se le rogó consultar este designio al oráculo de la ciudad de Heliópolis, al cual bastaba enviar un pliego sellado. Como Trajano no se fiase demasiado en los oráculos, quiso probar aquel que no conocía; le hizo, pues, llevar un billete sellado... ¡en el cual nada había escrito! El oráculo le devolvió su billete sellado, y otro que llevaba la respuesta. Trajano abrió este último: también estaba en blanco: convencido entonces, envió al oráculo un segundo billete sellado, en el que preguntaba si volvería a Roma después de la guerra que pensaba emprender. Se le devolvió... una cepa de parra en trozos. Pues bien, todos saben que Trajano murió en esta guerra y que se trajeron sus huesos a Roma. Esta anécdota, como la precedente, demuestra la presencia de uno o varios sacerdotes clarividentes en el oráculo de Heliópolis. Finalmente, en otros templos los consultantes remitían al dios un billete en el que escribían sus nombres. Es así como se procedía en el templo de Apolo de Claros, en donde la pitonisa era... un hombre, que los sacerdotes elegían siempre los mismos en ciertas familias de Mileto. (Bueno es recordar que la clarividencia de M. Ossowiecki le viene también por herencia.) Tácito en el II libro de sus *Anales* refiere que cuando Germánico fué a consultar a Apolo de Claros, remitió su billete a ese hombre. Este último no abrió el billete, pero se retiró a una gruta y habiendo extraído el agua, según los ritos, le «respondió en verso» (aunque era muy ignorante) sobre lo que él tenía en el espíritu. Parece, pues, que la «intervención» de Apolo no se hacía sino gracias a un *medium*, a la vez capaz de clarividencia y de lectura de pensamiento; esos mediums eran reclutados entre dos o tres familias de Mileto, en las que esos dones mediúmnicos eran hereditarios: la ceremonia del agua servía para mistificar más a los consultantes y también, tal vez, para que se dotara a un medium de una bola de vidrio, que le servía para exaltar su inconsciente.

* * *

Hace unos doce años, llegó a Valparaíso un español de apellido Ruiz que pretendía ver a través de los cuerpos opacos. Pero su visión extralúcida sólo se despertaba mediante la interposición de una tela roja: el color rojo sería como un excitador de su inconsciente. Decía Ruiz que esa facultad le venía por familia: el padre y sus abuelos habían gozado de la misma misteriosa prerrogativa. En las oficinas de redacción del diario *La Unión* hizo Ruiz algunas experiencias resonantes, publicadas al día siguiente con grandes caracteres. Al primer redactor y no hace mucho director de *La Nación* de Santiago, don Luis Cruz Almeida, le indicó que tenía una cicatriz en la espalda. El señor Cruz se rió, porque nunca había sabido tal cosa; pero poco después se vió que Ruiz estaba en la verdad: era la huella de una quemadura que aquél había sufrido

cuando muy niño. Al propio director del diario, don Egidio Poblete, le hizo indicaciones que resultaron exactas. Lo mismo ocurrió con el resto del personal de redacción.

Posteriormente, tuve ocasión de asistir a estas experiencias: se presentó un clérigo; Ruiz le colocó un trapo rojo sobre el pecho, sin tocarlo; luego miró un momento, abstraído, y dijo: «Veo primero una cosa así», y dibujó en un papel dos círculos sobrepuestos. «En efecto, confirmó el sacerdote: tengo aquí dos medallas, la una sobre la otra» y las mostró. A otras personas les indicó cicatrices o señales en el cuerpo que resultaron exactas. Desgraciadamente, como Ruiz indicara que también su vista, como los rayos X, podía penetrar al interior del cuerpo humano, un «vivo» lo contrató e instaló una especie de consultorio para enfermos, cobrando cinco pesos por cada consulta. Esto, como era natural, despertó la alarma de los médicos, y se denunció a Ruiz como un vulgar embaucador. Intervino la justicia, y el vidente español, alarmado, se fué del país.

En realidad, era peligroso que Ruiz se dedicara a esas tareas, puesto que siendo completamente ignorante en medicina, no podía diagnosticar con acierto, por claro que viera en los órganos interiores. Pero decir que fuera un vulgar farsante, era tal vez una exageración. Era un hombre ingenuo y tímido, de instrucción al parecer escasa. Ni por escéptico o malicioso que uno fuera, podía descubrir en él indicios de simulación. Sin duda que en sus experiencias había algo de inexplicable.

Un distinguido médico de Santiago llegó hasta declarar, a propósito de Ruiz, que la visión a través de los cuerpos opacos era «absolutamente imposible». Hay hombres de ciencia muy aficionados a las afirmaciones rotundas, sin pensar que con esto se acusa un marcado fanatismo. Lo general es que los sabios, por

lo común faltos de imaginación, se aferren a las leyes conocidas y admitan pocas posibilidades. Los que han diseñado los descubrimientos futuros han sido siempre los novelistas. Cuando Maxwell indicó la probable existencia de las ondas que después descubrió Hertz, no procedió guiado por la intuición, privilegio de los poetas sino por simple deducción, un poco perogrullesca, puesto que si las vibraciones luminosas no son otra cosa que ondas electro-magnéticas a muy alta frecuencia, era natural creer que existirían en la naturaleza ondas del mismo carácter de frecuencia más baja. Bien pudo señalar también la probable existencia de ondas electro-magnéticas a una frecuencia más alta que la de los rayos luminosos; pero para indicar que éstas podrían ser capaces de atravesar los cuerpos opacos necesitaba mayor imaginación. Fué lo que le faltó para pronosticar los rayos X.

Tipo del sabio fanático y sin ninguna imaginación fué Ernesto Haeckel. La mayor parte de sus libros están destinados a encasillar, dentro de las leyes conocidas de la física y de la química, todos los fenómenos vitales, incluso los del espíritu o cerebrales. No admitía Haeckel de ningún modo la existencia de fuerzas especiales para la vida: para quitarle el cuerpo al misterio, encontraba más cómodo negarlo.

Durante siglos, todos los rayos de la ciencia oficial cayeron sobre los alquimistas. ¡Qué absurdo más grande lo de querer convertir en oro un metal ordinario! Y ahora resulta que todo es cuestión de protones y electrones más o menos para transformar un cuerpo simple en otro. Igualmente nunca se quiso tomar en serio a la quiromancia: era ridículo pensar que las rayas de la mano pudieran indicar algo. Y he aquí que nace una ciencia nueva, la «quirolología», para demostrar que existe una relación íntima entre el cerebro y la mano.

Sólo los dedos—escribe Maryse Choisy (*Mercurio de France*, 15 de Julio de 1926)—sólo los dedos son capaces de discernir las pulsaciones por el tacto.

Las papilas que los componen y los corpúsculos pacínicos a donde vienen a rematar las fibras nerviosas son los más sensitivos de nuestro cuerpo. Parece, pues, racional creer que la palma y los dedos reflejan las impresiones recibidas y que los deseos y las apetencias, provocando la actividad de los centros cerebrales a los cuales obedece la mano, dejan en ésta última algún vestigio de su paso.

Además, según el mismo autor, puesto que toda enfermedad en gestación provoca una perturbación en determinado centro cerebral, así como toda enfermedad ya desarrollada ha dejado su huella en el cerebro, se puede afirmar que esas huellas son transmitidas a la mano: entonces, es lógico suponer que estudiando las líneas de la palma de la mano es posible determinar las enfermedades que ha sufrido un individuo y las que está en camino de sufrir. La mano puede indicar también el deseo más ferviente del individuo, acaso su más oculto designio. Naturalmente que al quiromántico le resulta fácil también anunciar una vida larga o una vida corta, si ve o no ve graves enfermedades en gestación. En cuanto a las profecías de otro orden que se suelen hacer, si se cumplen, es por obra de la sugestión. A este propósito, debo recordar un caso curioso de profecía cumplida, ocurrido no hace mucho tiempo. Un diputado al Congreso, el señor A. C., muy aficionado a la quiromancia, anunció a un colega suyo, después de examinar las líneas de la mano, que moriría en un accidente, y, en efecto, pasado varios años, ese colega murió atropellado por un tranvía. ¿Intervino en esto la sugestión o fué una simple coincidencia? Los quirólogos piensan que aquello que el individuo más teme, produciendo una perturbación en el centro cerebral de las obsesiones, deja también una huella especial en la mano. Y parece que quien más piensa con terror en los accidentes, tiene mayores probabilidades de perecer en uno de ellos.

Así, pues, nuestro cerebro no parece ser la máquina tan sencilla que creía Haeckel, sometida rígidamente a las leyes físico-químicas establecidas en los laborato-

rios. ¿Por qué en la masa cerebral no podría existir, por ejemplo, un centro capaz de emitir ondas electromagnéticas superiores en frecuencia a las de la serie ultra-violeta, más penetrantes, por lo tanto, que los rayos gama del radio? Eso, por lo menos, es lo que piensa el doctor Yurevich, que ha hecho experiencias en Francia, y ha bautizado a estos rayos con el nombre de «rayos Y». Los fenómenos llamados telepáticos son entonces perfectamente posibles y perfectamente científicos; no hay en ellos nada de brujería. Un hombre en peligro de muerte, o en estado de agonía, puede enviar a un pariente querido, a un amigo íntimo, radiaciones que pueden producir en él la sensación de un ruido cualquiera o la ilusión de que ve la figura del sujeto transmisor. Esto explicaría los fenómenos de «avisos de los muertos» que refiere tanta gente.

Se argüirá que siendo tan pequeño el cerebro humano, las radiaciones de carácter electro-magnético que envíe deben ser de muy escasa potencia, y su alcance, en consecuencia, muy limitado. Pues bien, la experiencia ha estado probando que la onda más corta, o sea de mayor frecuencia, tiene un mayor alcance, de modo que acortando la onda se puede disminuir la potencia del transmisor. Si la onda cerebral es más corta que la del ultra-violeta, sin duda que debe tener un largo alcance. Además, el éxito de una transmisión radiotelegráfica no depende solamente de la potencia del transmisor, sino especialmente de la sensibilidad del receptor. ¡Cuánto se ha ganado desde el cohesor de Branly hasta la válvula de tres electrodos! Andando los años, se habrá de descubrir detectores aún más sensibles, y será posible comunicarse de un hemisferio a otro con potencias pequeñas, al alcance de los más modestos recursos. ¿Por qué el cerebro humano no podría ser este detector ultra-sensible?

Ahora, si las transmisiones telepáticas no siempre tienen éxito será porque hay muchos cerebros con esca-

sa potencia de trasmisión, o porque no ha existido resonancia. Ya se sabe que sin resonancia, si trasmisor y receptor no vibran a la misma frecuencia, o sea a un mismo largo de onda, el entendimiento no es posible.

Muchos calificarán a estas ideas de pura fantasía, acaso de locuras. Si alguien hubiera afirmado hace sólo cuarenta años que lo de fotografiar nuestro esqueleto estaba dentro de lo posible, y que podía existir un cuerpo simple capaz de emitir rayos que realizaran este milagro, todos los médicos del mundo se habrían puesto de acuerdo para encerrarlo en un manicomio. . . . Es que los sabios nunca se convencen de que es muy poco lo que saben, tan poco que ni siquiera son capaces de explicar algo tan común y universal como la gravedad.